

El color de la cera en su rostro. La transgresión que deviene de lo erótico, liberación y reivindicación femenina.*

Diana Carolina Vahos Alzate**
dvahosa@eafit.edu.co

Resumen

El presente artículo tiene como propósito la exploración y análisis de las formas de sujeción de la feminidad en la novela *El color de la cera en su rostro* del escritor Harold Kremer, y cómo los personajes femeninos asumen su liberación a partir de la transgresión que deviene de sus experiencias eróticas. Las mujeres de Kremer son mujeres que se niegan a asumir los roles asignados socialmente, pero que fracasan a pesar de sus esfuerzos y demandas reivindicatorias, ante el mundo masculino. ¿Qué queda entonces para estas mujeres? Asumir desde la transgresión conductas sexuales condenadas como la prostitución, el homosexualismo y el incesto, actos de resistencia frente a una sexualidad reprimida, señalada e invisibilizada durante siglos.

Palabras clave:

Novela colombiana, Harold Kremer, erotismo y literatura, literatura y mujeres, transgresión erótica, sujeción y reivindicación femenina.

Abstract

The purpose of this article is to explore and analyze the forms of femininity subjection in the Harold Kremer's novel *El color de la cera en su rostro*, and how female characters assume their liberation from the transgression that comes from their erotic experiences. The women of Kremer are women that refuse to assume their socially assigned roles, but fail despite of their efforts and claim some demands, in front of male world. What is the outcome for these women? To assume from transgression, condemned sexual behaviors such as prostitution, homosexuality and incest, acts of resistance against a repressed sexuality, labeled and imperceptible for centuries.

* Este artículo es resultado del trabajo de grado para optar al título de Magister en Hermenéutica Literaria de la universidad Eafit, Medellín Colombia 2017.

** Especialista en Literatura Latinoamericana de la Universidade Federal da Integração Latino-Americana UNILA. Paraná - Brasil

Keywords:

Colombian novel, Harold Kremer, eroticism and literature, literature and women, erotic transgression, subjection and female vindication.

Introducción

En nuestro contexto colombiano es posible encontrar en escritores como Harold Kremer¹, un interés masculino frente al mundo femenino, que se convierte en expresión y denuncia de una condición de género, que aunque ha sido alimentada y reproducida a través del tiempo, está caracterizada por un enorme poder de resistencia y deseo de liberación. Este escritor y profesor bugueño², ha sido reconocido por su amplia y exitosa trayectoria a nivel del cuento, donde aborda, entre otros temas, el de la mujer como víctima de una historia de sujeción, pero también como un sujeto transgresor que busca su liberación, y que se enfrenta –la mayoría de veces fracasadamente, y muy pocas con éxito– a un deber ser impuesto religiosa y socialmente.

Este interés no solo caracteriza la obra cuentística del autor cofundador de la *Revista e-Kuóreo*, sino también su novela *El color de la cera en su rostro*³, en la cual aborda bajo la estructura de cuentos⁴, el rol de la mujer inserta en una tradición de sujeción frente al

¹ Harold Kremer Martínez (Buga, 1955) Profesor de la Universidad del Valle, cuentista, novelista y cronista, cofundador de *Ekuóreo* (1980).

² Este escritor como lo enuncia Alejandro José López (2006), es “un excelente cuentista cuya obra, pese a ser una de las más interesantes de la literatura colombiana actual, ha recibido poca atención de la crítica” (p.415). Este comentario obedece a que la obra de Harold Kremer ha sido poco estudiada, en palabras de Triunfo Arciniegas (2011) es un “escritor secreto”. Es posible hallar reseñas cortas de sus obras como las de Carolina Urbano (2014), Triunfo Arciniegas (2011), Asbel Quintero Moncada (2014) que dan cuenta de manera general de sus obras, sin ser su propósito un análisis profundo de las mismas. En cuanto a análisis literarios, solo es posible encontrar referenciados dos: el primero *El minicuento en la obra de Harold Kremer* (2002) de José Fernando Sánchez Salcedo, Tesis Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, donde se hace un rastreo de los elementos narrativos de algunos cuentos que desarrollan la temática de la violencia y de “el doble”, y el análisis del cuento “Muerte al final de la avenida 125” de Galdys Lucía Acosta, publicado en la revista *Contextos*. Anexo a ello, Harold Kremer en una entrevista hace alusión a un ensayo de Eduardo Botero, en el cual se enuncian las temáticas generales de sus obras. (Gaceta, 2014, párr.2)

³ Inicialmente esta novela se concibió con el título *El faro*. (Spitaleta y Escobar, 1991, p. 102). Con esta obra el autor fue galardonado con una Beca Colcultura de Literatura.

⁴ Esta obra podría definirse como un género híbrido entre cuento y novela; los apartados (de tres a cuatro) de cada uno de los capítulos se establecen, en algunos casos, como cuentos independientes, por ejemplo la

mundo masculino. Las mujeres de Kremer, son mujeres que sufren, pero también mujeres que intentan, que luchan, que narran, de acuerdo con el autor, su novela “toda transcurre en Buga, desde la Guerra Grande hasta los años setenta. Varias de las mujeres que protagonizan los cuentos de este libro son casi antiheroínas, como la Maga de Cortázar... No son antiheroínas. Intento, desde la ficción, que sean mujeres normales, reales” (Gaceta, 2014, párr.2). Sujetos que en su búsqueda personal transgreden las normas sociales y religiosas, y a su vez experimentan el erotismo que deviene de sus actos transgresores.

*El color de la cera en su rostro*⁵ es una novela corta que narra la historia de una familia conformada en su mayoría por mujeres, representantes de tres generaciones diferentes y que asumen su condición de género a partir de su época y búsqueda individual. Estas mujeres enfrentan una situación familiar afligida por diversas problemáticas como el suicidio, la drogadicción, la prostitución, el incesto y la demencia. La obra está compuesta por cuatro capítulos, narrados en tercera persona⁶ e introducidos por soliloquios de la madre y abuela Felisa, la mujer cabeza de este hogar descompuesto, que busca a través de la reflexión y el recuerdo darle un sentido a su presente y situación familiar caótica.

En los soliloquios, Felisa asume la narración de su historia familiar desde su perspectiva como mujer altamente religiosa, entregada a la crianza de sus hijos, encarnando fielmente una de las dos funciones atribuidas a las mujeres: la maternidad. Sin embargo, a pesar de

tercera parte del primer capítulo figura como un cuento en *Rumor de mar* (1989) bajo el título de “El oficio de vender” (p. 100). “Los cuadernos sagrados” (2008) cuento publicado en la Revista Universidad de Antioquia Núm. 292, aunque coincide con diversos elementos presentes en la cuarta parte del capítulo en mención, es la narración en primera persona de Rubén –personaje infantil– acerca de una anécdota estudiantil, de la cual se hace una referencia en la novela, más no se desarrolla: “Si José estuviera en la casa, podría contarle lo del dedo quebrado y del maldito colegio.” (Kremer, 2014, p. 57)

⁵ La novela puede asumirse como la compilación de los temas abordados en los cuentos del profesor Kremer. Si bien una de las características del cuento es el desarrollo de un solo asunto o tema, característica que logra eficientemente este escritor, la novela, logra acoger múltiples situaciones y temáticas, como sucede en este caso, donde a través de un hilo narrativo, una historia familiar, se tejen y unen diversos asuntos abordados de manera excepcional en los cuentos del escritor en mención.

⁶ En la obra se presentan dos tipos de narradores: uno intradiegético, que narra en primera persona desde su punto de vista como mujer, esposa y madre: Felisa, y el segundo, extradiegético, innombrado (tercera persona), el cual podría señalarse como omnisciente pues da cuenta no solo las acciones de los personajes, sino también de sus sentimientos y pensamientos, como lo plantea Óscar Castro “sin [su] intervención en su significado” (contraportada de la obra).

sus esfuerzos, inicialmente de liberarse del matrimonio, y posteriormente al resignarse a su rol como madre, y sacrificarse en nombre de un nieto-hijo –que habría de ser su polo opuesto⁷–, Felisa concluye que las mujeres han de estar destinadas a padecer una serie de condiciones –las cuales se ampliarán más adelante–, que por más impulsos de resistencia que asuman, determinan su sufrimiento y lugar de sumisión ante el mundo masculino. Estas condiciones hablan de la categoría de víctimas, de una condición de género limitante, de una historia de restricción, de un universo femenino hecho narración.

Así pues, el objetivo del presente trabajo, será rastrear y analizar las diferentes formas de sujeción de la mujer configuradas en la novela *El color de la cera en su rostro*, y cómo la mujer víctima de una historia de sujeción, busca su liberación a través de la transgresión erótica. Para tal cometido se tendrán como referentes teóricos a Eduard Fuchs (1996), con su teoría acerca del origen de la moralidad y con ella la subordinación de las mujeres, Françoise Héritier (2007), quien aborda la sujeción femenina como respuesta al interés masculino por apropiarse de su sexualidad, Bonnie S. Anderson y Judith Zinsser (2009) en cuanto a la historia de las mujeres, y finalmente, Georges Bataille (2007) en el asunto de la de transgresión y el erotismo.

1. Mujer, heredera de una condición de género

Históricamente, la imagen de la mujer ha estado relegada y sujeta ante el mundo masculino. La sujeción de lo femenino ante lo masculino de acuerdo con Françoise Héritier (2007) obedece a que “Toda la desgracia, histórica y estructural (por ser objetos de intercambio), de las mujeres proviene de que son ellas las que engendran cuerpos diferentes a los suyos” (p. 107), la dominación masculina encuentra su razón de ser en la apropiación de la sexualidad femenina, en tanto que de ellas depende la conservación de los grupos, la procreación y el nacimiento de nuevos hombres (p. 250). Según esta antropóloga francesa,

⁷ José es un personaje que encarna todo lo que su abuela Felisa considera como pecado: el consumo de drogas, el ateísmo, el hecho de “crear” a través de sus dibujos, los constantes cuestionamientos y burlas frente a sus creencias religiosas, la rebeldía, la desobediencia, los actos delincuenciales, la locura; representa todo lo opuesto de lo que ella es y procuró inculcar en él.

la necesidad del hombre de controlar y someter a la mujer radica en su incapacidad de procrear, de su dependencia frente al cuerpo femenino para crear nueva vida, y por el reconocimiento que hace de esta como una amenaza, al estar capacitada para dar vida a seres no solo semejantes a ella, las mujeres, sino diferentes: los hombres.

Tomar consciencia de que la mujer reúne las características naturales viables para el nacimiento de otros seres, pone en un lugar de desventaja al hombre. De ahí su necesidad por sujetar a ese *otro*, en cuanto a su fecundidad y en consecuencia frente a su sexualidad, a través de la violencia y la prohibición. De este modo, todas las formas de represión en contra de la mujer, como sexo débil, disminuido en capacidades y habilidades responden al interés arcaico del hombre por gobernar lo ingobernable, y por el miedo que a este le suscita al poseer un poder, que biológicamente ha sido negado en él.

La subordinación femenina ha sido una idea altamente reproducida a través de la historia, pues como lo exponen Anderson y Zinsser (2009) ha estado presente desde los escritos más antiguos y sagrados de culturas como la griega, la romana, hebrea, germánica y celta, estableciendo los mecanismos para “[limitar] las funciones de las mujeres, [definir] su naturaleza esencial y el uso correcto de su cuerpo” (p. 49). Confinar a la mujer al cumplimiento de ciertas funciones en nombre del bienestar del hombre y la satisfacción de sus necesidades, le ha negado la posibilidad de concebir una vida propia, autónoma, y la ha relegado a estar al cuidado, protección, y vigilancia de los hombres.

Para Fuchs (1996) la historia de la subordinación femenina, y en general la cultura, surge como consecuencia de la normatividad y la regulación de la propiedad privada. Con el establecimiento de la propiedad privada emergen mecanismos de control, como la monogamia⁸, que más que regular el comportamiento sexual de los seres humanos, responde a la necesidad de garantizar la herencia legítima; es decir, las diferentes formas de regulación social responden a los intereses económicos de la sociedad, de la adquisición y

⁸ De acuerdo con este autor, la monogamia “se funda en la conveniencia, que se erige no sobre condiciones naturales, sino económicas” (p. 35)

preservación de las riquezas. Así pues, normas como la monogamia cuya “rigidez indoblegable le fue sólo aplicada a la mujer” (p. 35) tenían el propósito de regular el comportamiento sexual de las mujeres en especial, con el fin de garantizar su castidad y con ello el nacimiento de hijos legítimos aptos para heredar. De ello se depende en consecuencia, el dominio masculino ante lo femenino, como garantía de sus intereses materiales.

Sin embargo, ante esta posición subordinada se erigen dos instituciones: el adulterio y la prostitución, como formas de “venganza de la naturaleza violada” (p. 36), que podrían emparentarse con las formas de transgresión de la mujer, que operan, como veremos en la segunda parte de este trabajo, como formas de resistencia ante los roles asignados socialmente: la fecundidad y el placer sexual.

A través de los siglos, en todas las naciones la venganza de la mujer ha consistido en que también otros hombres hayan compartido su lecho y hayan poseído su cuerpo, en que la paternidad indudable haya dependido a los suma de una convicción moral. (p. 36)

Restringir y limitar a las mujeres surge entonces como respuesta ante la imposibilidad de controlar su naturaleza, su poder –procreativo– y de otorgarle una normatividad a los intereses económicos del hombre. De ahí la necesidad de establecer y definir roles y funciones exclusivas para alcanzar un ordenamiento social, tales como la fidelidad, la fertilidad y el cuidado del hogar, todo en el marco de la sentencia de Pericles⁹, quien definía que la gloria de las mujeres¹⁰ “consistiría en ser la menos puesta en boca de los hombres, tanto para bien, como para mal” (citado en Anderson y Zinsser, 2009, p. 55), y que como veremos en la novela, objeto de estudio del presente análisis, se transgrede a partir de las acciones de las mujeres¹¹.

⁹ Françoise Héritier (2007) también hace mención de esta sentencia, pero referenciada desde Tucídides (p. 81).

¹⁰ Según Loraux (1989) la gloria de las mujeres es precisamente “carecer de ella” (p. 26), entre menos circule el nombre de una mujer en la ciudad, es decir, entre menos se hable de ella, mayor será su valor.

¹¹ La novela se desarrolla en Buga, un municipio donde las noticias circulan rápidamente, incluyendo aquellas que pertenecen al plano íntimo de los personajes, y que al tener como foco de atención a las mujeres en actos transgresores, se reproducen con mayor ahínco, para reforzar y condenar el comportamiento femenino.

En la obra de Harold Kremer, a través de tres personajes femeninos, tres experiencias de sumisión, podemos ver cómo esta idea de sujeción¹² sigue vigente de algún modo en el siglo XX, época en la cual es ambientada la novela. Estas tres perspectivas de una condición de género limitante dan cuenta de cómo la mujer inserta en un sistema patriarcal se asume como víctima y victimaria, al encarnar una búsqueda individual, frente a la cual fracasa o prospera a través de la transgresión. Dos instituciones sociales, el matrimonio y la religión, se ven abocadas a operar como promotoras del orden social patriarcal, sin embargo, es en ellas donde las prohibiciones se instauran y a su vez dan origen a las posibilidades para su transgresión.

La sujeción de lo femenino ante lo masculino se da a partir de la apropiación del cuerpo de la mujer, visto como medio para un fin, objeto de placer y fecundación. Harold Kremer logra representar en sus personajes femeninos esta forma de apropiación a través del matrimonio y la prostitución. De acuerdo con Héritier (2007),

Rapto, violación, prostitución son así sucedáneos del intercambio civilizado para apropiarse, al menos temporalmente, del cuerpo de las mujeres, para uso sexual y búsqueda de placer, usos que, por intermedio del acto sexual, son indisociables del uso procreativo (p. 251)

En primer lugar, Felisa es una mujer anciana¹³ que vive aferrada a los recuerdos, no como añoranza de su pasado, sino como reafirmación de su presente visto como consecuencia de su condición género. En ella la apropiación de su cuerpo se da a partir del matrimonio, concebido como un intercambio *legal* de bienes para el uso y el abuso según las necesidades masculinas, en este caso de su padre Jesús Arana y esposo Rafael. Al igual que su madre, Felisa estuvo sujeta a la voluntad de su padre, quien veía en ella un objeto

¹² En los cuentos *Algo mecánico, algo manual* y *Sin aves y sin ruido* –Cuentos (2017), Colección Debajo de las estrellas Editorial Eafit– se exploran también las formas de sujeción de las mujeres, sus búsquedas y sus formas de transgresión, incluso las primeras demandas reivindicatorias que son asumidas por las nuevas generaciones.

¹³ En el cuento *La boca del tornavoz* –parte de *Rumor de mar* (1989) –, del mismo autor, también se hace presente un personaje femenino anciano, llamado Felisa, altamente religioso, que reconstruye su pasado a través del recuerdo. De igual manera en *Una linda mañana para el día del juicio final* –parte de *Patíbulo*– se expone el contraste entre dos personajes femeninos, pertenecientes a dos generaciones diferentes.

digno de comercialización¹⁴: “Y me vendió a Rafael. Recibió la finca de Mediacanoa y cincuenta vacas. Ese fue mi precio.” (Kremer, 2014, p. 112). La mujer objeto de intercambio, pasa, a través del matrimonio, de dueño, para el caso de Felisa anulando toda esperanza de liberación, depositada en la vida religiosa “Cuando quise ser monja, papá no me dejó. No voy a entregarle una hija esos bellacos, dijo [...], prefiero una puta a una monja” (p. 112)

Ante la imposibilidad de escapar de este destino “Mis amigas se casaron y todas terminaron esclavizadas, injuriadas, violadas por esos salvajes” (p. 112), Felisa recurre infructuosamente a la huida, “ayúdame, mamá, ayúdame [...] Y huí, salí de mi casa como una ladrona. [...] Huí montaña arriba, huí queriendo morir, buscando la muerte” (p. 113), sin embargo, la “condición de la desgracia” (p. 112) cobra fuerza en sus vanos esfuerzos de liberación, pues así como su madre, finalmente es obligada a contraer matrimonio, a someterse a la voluntad de su nuevo dueño.

Ahora bien, dentro del marco del matrimonio se le da vía libre a otra forma de apropiación del cuerpo de la mujer: la violación. En la novela objeto de análisis, esta forma de acceso carnal violento sin consentimiento, contemplada en el matrimonio¹⁵, es asumida como un derecho de la masculinidad, de ahí que la mujer se vea forzada a callarse y a asumirla como una de sus obligaciones conyugales:

Era un animal con la fortaleza de un buey que la usaba con desespero juvenil. Felisa intentó detenerlo con excusas de mujeres, pero el hombre no se amilanaba ante razones. A cualquier hora del día y en cualquier lugar de la casa la asaltaba por la fuerza, sin que los puños, los arañazos y las súplicas le hicieran mella. Una noche de terror, Felisa se encerró en uno de los cuartos, pero para él no había barreras; borracho, derribó a hachazos la puerta, la persiguió y acorraló como un animal y la poseyó dentro del armario. (Kremer, 2014, p. 77)

¹⁴ De acuerdo con Fuchs (1996), del establecimiento de la propiedad privada se derivó la asignación del carácter de mercancía, entre otras cosas, al amor y a la mujer (p. 37), concibiendo al matrimonio y a la prostitución como formas de acceder económicamente a sus favores y servicios, a través de un único o múltiple pago respectivamente.

¹⁵ Según Bataille (2007) “el matrimonio es el marco de la sexualidad lícita.” (p. 115) y “el acto sexual inicial que constituye el matrimonio es una violación sancionada.” (p. 116)

De acuerdo con Hérítier (2007) la pulsión sexual masculina, como una característica digna de manifestar y ostentar socialmente, encuentra su regulación en el marco las normas sociales que tienen como propósito el amparo de la vida y de los bienes (p. 255), es decir, las conductas sexuales no dominadas por el hombre se encuentran moderadas a través de los convenios sociales, tales como el matrimonio y la prostitución, formas de canalización y regulación de sus impulsos dentro de los límites de la prohibición. De ahí que Rafael sea una figura masculina que se acoge a la reglamentación social para darle vía libre a su pulsión, a través de la violación del objeto sexual que le pertenece, su esposa, y como veremos a continuación a través de una concubina.

La separación entre “propiedad sexual y procreación *versus* propiedad sexual y placer” (p. 253) cultivada desde los griegos, se adopta en la obra que nos compete, a través del contraste que se erige entre dos personajes femeninos Felisa y Venancia. Venancia es una mujer joven, que debido a su pobreza es acogida en el seno familiar de Felisa y Rafael como ayudante en los quehaceres del hogar. Tras su llegada, Rafael se apodera de ella, atribuyéndole como tarea ser su objeto sexual, por oposición a la de Felisa, que se ocupa de la procreación (aunque posteriormente pasa a asumir los dos roles),

Venancia, la que llegó riendo con su hijo recién nacido, la que le sobraba leche para amamantar a Raquel, la que me miraba con desprecio porque mis senos estaban secos [...] se dio cuenta de que solo podía aspirar a ser una esclava, sin derechos, y era esclava porque su coño joven embriagó de locura a Rafael. Solo por eso. Ella era más esclava, yo era menos esclava. (Kremer, 2014, p. 67)

Sin embargo, este relevo de funciones le permite a Felisa cierta liberación frente al estado de sujeción que ha experimentado durante toda su vida,

Era como si su rostro hablara, dijera, soy de su propiedad, él me marcó. Y así, sin mirarme, sin hablarme, sabía que me odiaba, me odiaba porque se convirtió en una esclava, me odiaba porque entendió que de su esclavitud dependía mi libertad (Kremer, 2014, p. 67).

El hecho de reconocerse como esclava¹⁶, y a su vez reconocer tal categoría en Venancia, lleva a que Felisa en sus soliloquios, dirigidos a su dios en forma de confesión, concluya como una de las condiciones de las mujeres la sumisión: “Es que, Dios, las mujeres tenemos esa condición: la de la sumisión” (p. 67). A través de estas condiciones Felisa realiza una caracterización del rol y el destino de las mujeres, como resultado de su experiencia e historia de vida. Así pues, tanto Felisa como Venancia, aceptan en silencio su categoría de objetos dada su condición de sumisión, al reconocer su estado de subordinación ante el mundo masculino.

Felisa al reconocer que Venancia se había convertido en el juguete de su esposo, en la *puta* de Rafael, aunque sintió compasión, experimentó de cierto modo un descanso, un grado de libertad ante sus necesidades sexuales, y en consecuencia un grado de superioridad frente a la nueva esclava, quien nunca habría de alcanzar la categoría de señora a pesar de tener que soportar los usos y los abusos de su esposo; compartían un victimario. Esta condición, la de la soberbia “...pero las mujeres tenemos esa condición, la de la soberbia. Y los hombres lo saben, por eso abusan” (Kremer, 2014, p. 68) llevó a que ambas mujeres, responsables del dolor ajeno, se ensañaran la una con la otra, evadiendo al verdadero responsable de sus padecimientos.

Asumir la maternidad¹⁷ a pesar del rechazo que manifestaba Felisa, se convierte también en una forma de sumisión ante las funciones que han sido atribuidas a las mujeres “dejé de ser una mujer y me convertí en madre” (p. 113). Felisa una vez vendida, asume su segundo destino como madre con resignación, contra su voluntad pero justificado en la voluntad de

¹⁶ Felisa justifica la sumisión como parte de sus creencias religiosas, pues aceptó que Venancia fuera la amante de su esposo al tratar de imitar a Sara – personaje bíblico reconocido por su obediencia –, quien ante su infertilidad, acepta, incluso promueve, que su esposo Abraham, tenga un hijo con su esclava Agar “Ahora bien, Sarai, esposa de Abrán, no le había dado hijos; pero ella tenía una sierva egipcia, y el nombre de esta era Agar. Por lo tanto Sarai dijo a Abrán: “¡Ah, por favor! Jehová me ha excluido de dar a luz hijos. Por favor, ten relaciones con mi sierva. Quizás yo consiga hijos de ella”. De modo que Abrán escuchó la voz de Sarai. Entonces Sarai, esposa de Abrán, tomó a Agar, su sierva egipcia, al cabo de diez años de haber morado Abrán en la tierra de Canaán, y se la dio por esposa a Abrán su marido.” (Génesis 16:1-3)

¹⁷ En el cuento *La cierva y la leona* –Cuentos (2017), Colección Debajo de las estrellas Editorial Eafit– la maternidad logra unir dos personajes animales antagónicos, sin embargo su naturaleza finalmente es la que vence.

su dios, como forma de darle sentido a su sufrimiento y encontrar en él una razón para asumirlo con obediencia.

“Y nació José”, recordó la memoria, su memoria “era raro saber que alguien dependiera de mí, que quizá muriera si yo faltara. Era raro: mis pezones quedaron en carne viva, abiertos, heridos; los senos, maltratados e hinchados. Frente al espejo me decía: tienes un hijo y nada puede volver atrás, nada. No puedes pretender que el árbol vuelva a ser semilla. No puedes: tienes que aceptarlo, tienes que aceptarlos”, y se consolaba, “Dios lo quiso así...es Su voluntad”. (p. 77)

De esta manera, la sumisión se hace presente también en el rol de madres, tal es el caso de Felisa con José, que aun cuando se encontraba liberada del yugo de su esposo con la presencia de Venancia y luego con la muerte de Rafael, desplaza esa figura de sometimiento en su nieto, debido al sentimiento de culpa que experimentó a raíz de la muerte de su primer hijo. Dejó de ser la esclava de su esposo, para ser, en silencio, la esclava de su nieto, sufriendo en su nombre, llevando auestas sus problemáticas de drogadicción y demencia, e intentando inútilmente combatirlas con su fe.

Felisa no sólo fracasa como esposa, sino también que lo hace como madre. Ambos roles fueron asumidos en contra de su voluntad, por lo cual según ella, ya estaban destinados al fracaso “Dicen que los hijos de cuarentonas tienen aberraciones... dicen... lo supe tarde... cuando ya tenía a José y a Raquel... y pensándolo ahora... ¿qué podía hacer?”. (p. 76). Su primer hijo José fallece siendo aún un bebé, su segunda hija Raquel a pesar de sus esfuerzos, se convierte en una prostituta, y su nieto-hijo –quien recibe el mismo nombre de su primer hijo– se sumerge en la locura, la drogadicción, la delincuencia y el suicidio¹⁸.

Ante este panorama, Felisa concluye una cuarta condición de las mujeres, la que la lleva a cultivar una esperanza de cambio en los miembros de su familia, especialmente en los hombres, inútilmente como finalmente descubre, dada su ingenuidad e inexperiencia:

¹⁸ Harold Kremer en una entrevista, afirma que la aceptación del suicidio de su hermano fue un acontecimiento de gran importancia para el inicio de su carrera como escritor (Spitaletta y Escobar, 2001, p.100). En la novela, el personaje Rubén, hermano menor de José, se niega a aceptar su suicidio. Este tema es desarrollado también en cuentos como *La noche más larga -Rumor de mar* (1989) -, donde se aborda el regreso de un hermano 15 años después de que su familia había vivido el duelo a raíz de su muerte, y en *Se ha roto un cristal -Patíbulo* (2014) -, se aborda el proceso de exhumación de los restos de un personaje llamado José, por parte de su madre y hermano, quien se rehusaba hasta ese momento a aceptar su muerte.

Es que las mujeres tenemos esa condición: la de la candidez. Creemos que la sola voluntad basta para cambiar a alguien, y eso creí con mi José, con mi nietohijo. [...] Fui ingenua, lo sé, pero creía que iba a fundar una estirpe del bien, una estirpe de hombres buenos” (p. 109)

Por otro lado, la prostitución¹⁹ también se asume como una forma de apropiación del cuerpo femenino. Este oficio responde a la separación de las funciones de las mujeres en sociedad, para ocuparse exclusivamente del placer, al servir de objeto sexual para satisfacción de los impulsos del ser humano, dentro del margen de las prohibiciones sociales. Así pues, en la novela en cuestión, el prostíbulo –*la casa de putas de la Toalla*, Esneda Arango–, se consolida como un lugar clandestino pero altamente concurrido, un espacio paralelo al hogar, donde el hombre logra satisfacer las necesidades que ha separado de las procreativas. A este espacio, acuden todos los personajes masculinos para reafirmar el poder adquisitivo que tienen sobre el cuerpo de la mujer, objeto de intercambio, “*Papá [...] Se reunía con sus compinches en la casa de putas de La Toalla a beber, comer, jugar y fornicar*”. (p. 111)

En el seno de la familia, la prostitución se presenta a través de Raquel, quien asume, como ampliaremos más adelante, el meretricio para sobrevivir. El cuerpo de Raquel pierde valor en tanto se concibe como un objeto disponible, al cual se accede por medio de un intercambio económico. Este personaje femenino, se vale de ser objeto privilegiado del deseo, para subsistir; encarna la transgresión a través de su exploración sexual inicial (desde niña), pero se somete a ella posteriormente al caer en la prostitución, y con ella en la miseria, la obscenidad y la degradación sexual.

Así pues, matrimonio, violación y prostitución se constituyen como formas de usurpación y sujeción de la feminidad, de las cuales se desprende como lo expone Felisa en sus soliloquios las condiciones²⁰ de las mujeres: *sumisión, candidez, soberbia y desgracia*,

¹⁹ El autor, aborda la prostitución de manera extraordinaria en el cuento *Sueño de amor*. Ver *Rumor de mar* (1989).

²⁰ En los soliloquios también se hace referencia a las condiciones de los hombres: la de la estupidez (Kremer, 2014, p. 69), al hacer referencia a los impulsos sexuales de los hombres que dominan sus decisiones, y la

que las conlleva a asumir el rol de víctimas ante el mundo masculino. *Sumisión* debido al lugar subordinado que ocupan ante lo masculino, representado en sus padres, esposos e hijos, *soberbia* que deviene de un estado de superioridad aun cuando la circunstancia de ser mujeres se constituye como un dolor compartido, y la *desgracia* en tanto son herederas de un destino restrictivo.

2. El erotismo que deviene de la transgresión

Prohibición y transgresión son para Bataille (2007), “términos inconciliables” (p. 44). Para lograr la construcción de un ordenamiento social, el hombre estableció límites y restricciones que pudieran favorecer, en cierta medida, el control de sus impulsos animales: las *prohibiciones*. Estos interdictos, desde su formulación, no alcanzan a contener en sí mismas todas las formas de violencia propias del ser humano, de ahí que contemplen –no en términos de validación– la *transgresión*, como consciencia de la prohibición y a su vez su evasión, controlada.

En materia de sexualidad, las prohibiciones procuraron darle orden y límites a los impulsos sexuales del ser humano, sin embargo a su vez, allanaron un terreno fascinante, el de la “sexualidad vergonzosa de la que se derivó el erotismo” (p. 35). La transgresión sin eliminar la prohibición, se abre a un mundo de *goce* y deleite “Pero la transgresión difiere del ‘retorno a la naturaleza’: *levanta la prohibición sin suprimirla*. Ahí se esconde el impulso motor del erotismo”. (p. 40)

La transgresión deviene de un acto de libertad erótico, para el caso de nuestros personajes femeninos. Felisa, Rosa y Raquel, recibieron durante toda su vida una formación enmarcada en preceptos religiosos y sociales que condenaban su sexualidad. Felisa como referente femenino, obediente ante las leyes divinas procuró que su legado se conservara en

codicia (p. 110), como origen de las guerras, haciendo referencia, según el contexto de la obra, al período de La Violencia.

las dos generaciones²¹ siguientes, sin embargo, su esfuerzo logró todo lo contrario: presentar la prohibición como un terreno seductor.

En Felisa, la transgresión se materializa a través del rechazo que manifiesta frente a su condición, ella se niega a aceptar su destino, mediante el odio hacia los hombres y su atracción hacia las mujeres:

No iba a ser así conmigo y odié a todos los hombres, quería ser como la hermana Teresa, pulcra, pura y bella. Para no mirar a los hombres, y perdóname, Dios, por esto que voy a decir, miraba a las mujeres, me gustaba lo delicadas que eran, la forma como se vestían y se arreglaban. Los hombres eran bruscos, feos y sucios y por eso me fui quedando en la casa, ayudando a mamá. (Kremer, 2014, p. 112)

Felisa logró su cometido durante sus primeros cuarenta años de vida, durante los cuales vivió en el seno de su casa paterna, amando en silencio a la hermana Teresa y evadiendo su destino como esposa. Como mujer, se rehusó, aunque sin éxito, a amar a los hombres, a ser de su propiedad, ejerciendo un total acto de resistencia frente a su naturaleza femenina. Transgredió en consecuencia, la prohibición construida, rechazada y condenada a través de la religión, la de la homosexualidad²². Incluso después de su destino consumado como la esposa de Rafael, Felisa materializa la transgresión a través del recuerdo de Teresa, un recuerdo erótico, de felicidad.

-Sí, tal vez fui feliz [...] Fue cuando estudiaba en las Marianitas. La hermana Teresa me apretó contra su pecho y llorando dijo que me quería... y yo también lloré. Lloré porque ella lloraba y, sin saberlo, lloré por todo lo que iba a ser mi futuro. Es decir, lloré de alegría y tristeza... (p. 74)
No necesitábamos hablar, bastaba con que estuviéramos en el mismo lugar para estar bien, para estar acompañadas (p. 13)

²¹ Guillermo Ortega (2001) para el caso de la narrativa de Marvel Moreno, afirma que ésta obedece a un modelo especular (p. 82), donde los personajes pertenecientes a diferentes generaciones tienden a repetir situaciones de vida. Para el caso de Kremer podemos encontrar que aunque inicialmente este modelo aplique en las dos primeras generaciones, en la tercera se vislumbra cierto distanciamiento del destino de sus antecesoras.

²² El tema del homosexualismo en mujeres también se aborda en cuentos como *El gato negro –Patíbulo* (2014)-, donde una niña es educada por su abuelo para asumir un rol masculino, gracias al cual logra un posicionamiento social. De igual manera en *¿Quién va a pagar?* –parte de *Cuentos* (2017), Colección Debajo de las estrellas, Editorial Eafit– donde no solo las mujeres exploran y buscan su identidad sexual, sino también los personajes masculinos.

En cuanto a Raquel y Rosa, madre e hija, la negación y el rechazo frente a conductas sexuales naturales como el autodescubrimiento, por parte de Felisa, llevaron a que estos dos personajes femeninos se sintieran atraídos cada vez más por ese universo condenado por la religión, el del erotismo, a través de la transgresión. Mientras que la una infringe las normas tan celosamente promovidas por su madre a través de la prostitución, la otra lo hace a través del incesto.

Raquel, por un lado, materializa la sujeción femenina ante el mundo masculino, al asumir el meretricio y recibir dinero a cambio de sus favores sexuales, no precisamente para aumentar sus dones como lo hacían las prostitutas en la antigüedad, sino para poder sobrevivir. En este caso no hay lugar a la angustia que deviene de la consciencia de la transgresión, de acuerdo con Bataille, “La prostituta moderna se jacta de la vergüenza en la que se ha hundido, se revuelca cínicamente en ella. Es extraña a la angustia sin la cual no se siente vergüenza” (2007, p. 140).

Este personaje inicialmente transgrede la prohibición encarnada en la religión, a partir de la exploración sexual que emprende desde niña y la posterior experiencia que tiene con su padrino:

Ya era demasiado tarde. Su hija era una puta y eso lo supo desde el momento en que, siendo aún una niña, la sorprendió mostrándole los genitales a un muchacho. Durante años la castigó y vigiló. Le enseñó a coser, a callar y a cocinar; le domeñó el espíritu con la Biblia en la mano, dejando muy claro qué era el bien y qué era el mal. Y cuando creyó en una Raquel pura, libre del pecado y la lujuria, sucedió lo del embarazo. Dios parecía no ayudarla. El hombre, su padrino de bautismo, tenía casi sesenta años y Raquel catorce. (Kremer, 2014, p. 74)

Sin embargo, es después de ello que pasa a someterse a la prohibición, al asumirse como objeto erótico del deseo masculino, y solventar con ello a su familia; deja de tener consciencia de la prohibición, no puede huir de ella, su necesidad la hace presa de su degradación, de la baja prostitución:

–Sí, tú ¿Dónde estás todo el tiempo? Felisa y Raquel estaban frente a frente. –Ya lo sabes–señaló– Trabajando para mantener esta casa [...] –Ya sé...–dijo–, tratas de vivir en el pecado y el libertinaje, en la vagancia y la lujuria. (p. 37-38)

Raquel rechaza el matrimonio, al no acoger el rol de esposa²³ (para lo cual la educaba Felisa), pues inicia y desarrolla su sexualidad por fuera de esta institución. Sin embargo, como prostituta, no es consciente de la prohibición que quebranta, no logra experimentar el erotismo que deviene de transgresión, sino que se subyuga a ella, negando en consecuencia su posibilidad de liberación. En este caso, podríamos señalar un *no-erotismo*, descrito por Óscar Castro (2004) al referirse a los nuevos escritores de las últimas décadas del siglo XX, entre ellos Harold Kremer, “aunque la situación conduce a situaciones eróticas en forma ineludible, diversas circunstancias de orden afectivo, psicológico, ambiental o social, entre otras, impiden la plena manifestación del erotismo.” (p. 26)

Por otro lado, Rosa es una adolescente que inicia su exploración sexual²⁴ a partir de la comparación que hace de su cuerpo con el de sus compañeras de clase y del acoso que padece por parte de sus compañeros. Ante su curiosidad y posterior necesidad, Rosa recurre a su hermano como único referente posible en materia de sexualidad, pues reúne la experiencia y la confianza que ella precisa para enfrentar esta etapa de su vida. Por un lado, representa la cara opuesta al mundo de la prohibición encarnado por su abuela, quien condena todo acto de exploración sexual, y por el otro, el del silencio y la ausencia que se materializa en su madre, en quien no encuentra la confianza necesaria para manifestar sus necesidades y dudas en cuanto al sexo.

Fue cuando todo empezó a ser diferente y entregó, a pedazos, muchas de sus confidencias a José. [...] Allí con él, se sentía una mujer adulta que conversaba sobre temas serios e importantes. Además, José le estaba enseñando a besar y le hablaba abiertamente de todo lo que ella quisiera saber sobre sexo. (Kremer, 2014, p. 29)

Así pues, un acercamiento entre hermanos que surge como respuesta a la curiosidad de Rosa, se convierte en un juego de exploración e iniciación sexual prohibido y condenado.

²³ Felisa compara el comportamiento de Raquel con el de Venancia, argumentando que su hija al haber sido alimentada por la amante de su esposo, recibió de ella el pecado: “Sé que no debí permitir que Venancia la amamantara porque en la leche le pasó la putería” (Kremer, 2014, p. 17)

²⁴ De acuerdo con Óscar Castro (2004) la iniciación sexual es un *leitmotiv* “tema reiterado en casi todos los cuentos de erotismo del siglo” (p. 18). Este tema como forma de ingresar al mundo de los adultos, se aborda en cuentos de Harold Kremer como *El mago* –parte de *¿Por qué me muerdes?* (2013, p. 83) y *El gato Negro* (p. 69) –.

Rosa, consciente de la transgresión que deviene de los acercamientos eróticos con su hermano, experimenta un sentimiento de angustia, “Sencillamente no podía creer que entre hermanos sucediera. No era posible, aunque con él, según la abuela, podía suceder cualquier cosa” (p. 30); de acuerdo con Bataille (2007) este sentimiento “aparece en el momento en que transgredimos la prohibición, sobre todo en el momento suspendido en que esa prohibición aún surte efecto, en el momento mismo en que, sin embargo, cedemos al impulso al cual se oponía.” (p. 43)

Es a través de este sentimiento de angustia, y la posterior evocación del recuerdo de José lo que conlleva a Rosa a disfrutar de su erotismo. Rosa transgrede los valores sociales y religiosos que le son impuestos a través del recuerdo de su hermano, con quien se materializa la prohibición del incesto²⁵ y de la cual *goza* como sujeto transgresor. Bataille dice al respecto de este tipo de experiencias que:

experimentamos, en el momento de la transgresión, la angustia sin la cual no existiría lo prohibido: es la experiencia del pecado. La experiencia conduce a la transgresión acabada, a la transgresión lograda que, manteniendo lo prohibido como tal, lo mantiene para *gozar de él*. (p. 43)

Rosa experimenta el erotismo, que deviene de su acto transgresor, a través de la evocación de un recuerdo erótico con su hermano; recuerdo que se activa a través de una canción

Fue a su cuarto y puso en el tocadiscos *Linda boquita y verdes mis ojos*. [...] la bailó como alguna vez lo hizo delante de José. Recordó sus indicaciones, la forma como la tomó por las caderas. [...] Siguió moviéndose al mismo ritmo, imaginando las manos de José sobre su trasero. Se quitó la blusa y se acarició los senos. [...] Pensó en las manos de José, recorriéndole el cuerpo. Se estremeció... Pensó en José, en sus manos, en la boca acariciando los pezones. Cerró con fuerza los ojos, tensionando los músculos del rostro. Quería morir [...]. Apretó los muslos y vio a José. Y fue cuando algo estalló en ella. (Kremer, 2014, p. 187-188)

Este personaje femenino alcanza el punto más alto de placer gracias a la reconstrucción que hace de un acontecimiento vivido con José; tan vívido que logra experimentar el éxtasis

²⁵ El incesto también se aborda en el cuento *La espera –Rumor de mar* (1989) –, dos hermanos amantes esperan juntos la muerte, mientras reconstruyen el desenlace de su relación, después de haberla puesto en conocimiento de su madre.

que se había negado estando él aún con vida, por miedo a la transgresión. De acuerdo con Le Breton (2002) “Las actividades que le dan placer al hombre carnavalesco²⁶ son, justamente, aquellas en las que se transgreden los límites, en las que el cuerpo desbordado vive plenamente su expansión hacia afuera: el acoplamiento, la gravidez, la muerte, comer, beber, satisfacer sus necesidades naturales” (p. 32); de ahí que Rosa alcance el placer en el momento que decide transgredir los límites impuestos por la religión y el mundo de la prohibición; mueren con José sus miedos, dándole vía libre a sus sensaciones y al erotismo.

Inicialmente Rosa sumida en el mundo de la prohibición, se negaba a ingresar en la transgresión a través del incesto, sin embargo, después de la muerte de su hermano y del desprendimiento total que hace de su abuela, cae en la *fascinación*, y por tanto alcanza el placer a partir de la transgresión y el recuerdo. Decide por tanto renunciar a la categoría de objeto erótico, a esa condición de género que padecieron su madre y abuela, para constituirse como sujeto erótico, que goza de total libertad para disfrutar y decidir acerca de su sexualidad.

Al igual que su abuela, Rosa expresa su rechazo frente a su condición de género. Consciente de su destino como mujer, se rehúsa, a través de la concreción del acto sexual con su hermano, a consentir la apropiación de su cuerpo

Pero todo sucedía tan lentamente, que tuvo tiempo de asustarse cuando sintió el bulto duro que le oprimía el pubis. Se estremeció, luchó y lo hizo a un lado.
[...] Y si sigues así, nunca llegarás a ser una verdadera mujer.
-No quiero ser una mujer -dijo-. Hubiera querido ser un hombre.
José se acercó y le acarició el pelo [...]
-El otro día leí una novela en la que una mujer piensa igual –murmuró-: no quiere ser una mujer y piensa que es una vaca. Dice “Soy una Vaca” Y es feliz pensando que no va a tener hijos, sino terneros. Estaba embarazada de terneros...

²⁶ El hombre carnavalesco, podríamos afirmar que pertenece al *mundo profano*, es decir el de la fiesta, donde el hombre transgrede sus límites “Roger Caillois distingue dos tiempos que reinan alternativamente en la sociedad: uno es el tiempo laborable; el otro, la fiesta. Frente a un “período estático” en el que reina la producción, el trabajo y la medida, frente al mundo profano, se inicia un tiempo sagrado de consumo y desperdicio, de destrucción y derroche, donde sólo se debe gastar y gastarse, donde el exceso se constituye como ley última.” (Castaño y Suniga, 2014, p. 239)

-Hubiera querido ser un hombre-señaló. Y pensó: “Vaca no...mejor toro que vaca, gallo que gallina, caballo que...” [...] tuvo dos terneros [...] los educó para que fueran buenos ciudadanos hasta que un día, en una escasez de carne, vino la policía y se los llevó al matadero. (Kremer, 2014, p. 23-24)

A pesar de su edad –trece años–, este personaje femenino representa un deseo de liberación en cuanto a los roles construidos socialmente para cada uno de los sexos; roles que implican más allá de una diferenciación sexual, un desequilibrio de fuerzas, oportunidades y limitaciones. De ahí que su búsqueda individual, se erija sobre la base del desprendimiento del mundo representado en la abuela, a través de la pérdida de la virginidad,

- Mi problema - dijo, mirando el hilo de agua del río -, mi gran problema es la virginidad... [...] Tenía miedo. Estaba sorprendida de sus propias palabras. Nunca antes pensó en esa posibilidad. Era vergonzoso. [...] Y esas palabras, una tras otra, eran suyas. Nadie se las dictó o sugirió. (p. 126)

La virginidad ha sido considerada como un bien sagrado, del cual depende no solo el honor de la mujer, sino también el de su familia. Rosa transgrede con este deseo y su materialización el ideal para una hija “La hija ideal sería tan hermosa como obediente y virginal” (Anderson y Zinsser, 2009, p. 58), pues no obedece las normas que le impone su abuela y la sociedad en general, perdiendo su virginidad por fuera del matrimonio, como deseo personal y no como consecuencia de sus obligaciones en el margen de esta institución. Incluso podríamos mencionar el hecho de que este personaje femenino se describe con características físicas masculinas, lo cual iría en contravía del ideal de belleza en una mujer y reforzaría sus deseos de ser un hombre,

Comparada con ella [una alumna de último grado] sentía que tenía el cuerpo de un hombre. Crecía como los hombres. Y había cometido el error de cortarse el pelo a rape, de tal forma que cuando se miraba al espejo veía a un ser asexuado, una mezcla de hombre y mujer. (Kremer, 2014, p. 28)

Es entonces en la tercera generación de la familia, donde se empiezan a vislumbrar las primeras demandas reivindicatorias de lo femenino. Mientras que en la primera, los impulsos fracasan desembocando en una sexualidad reprimida y concentrándolos en la maternidad, en la segunda, la sociedad los corrompe a partir de la transgresión encarnada en

la prostitución, y es finalmente en la tercera, donde se empiezan a plantear nuevas búsquedas en nombre de su liberación,

Ese sería el comienzo, porque de allí en adelante subiría y subiría hasta lograr la independencia. (p. 92) Era su decisión. ¿Por qué no podía ser feliz? ¿Por qué? ¿Cómo iba a saber del mundo si no se lanzaba a conocerlo? Lo haría de la siguiente forma: dejaría que las cosas sucedieran sin precipitarlas, sin poner objeciones a nada. No pensaría ninguna cosa negativa y cuando eso sucediera se pellizcaría hasta hacer entrar en razón. Si por ella fuera tiraría del ovillo²⁷. (p. 123)

Las mujeres de Kremer, Felisa y Raquel, representan los dos polos opuestos del ideal femenino, la mujer buena²⁸ que busca en la maternidad su sacrificio mayor, y la mala, la prostituta, que vive en la lujuria; en ambos casos fracasan, pierden ante el mundo masculino. Una tercera, Rosa, materializa el punto de encuentro entre esas dos caras opuestas, no es una mujer casta, porque pierde su virginidad –por fuera del matrimonio–, como respuesta a una búsqueda individual²⁹, y no como resultado de una imposición social y religiosa; pero tampoco es mala, porque en cierta medida regula su comportamiento sexual, se rehúsa a concretar una relación incestuosa³⁰ y rechaza la prostitución a la que fue inducida por sus compañeras de clase. Es una mujer que comienza a plantearse cuestiones acerca de su felicidad y liberación, a manifestar unas primeras demandas reivindicatorias sobre su sexualidad³¹.

²⁷ Esta expresión podría referirse al hecho de tomar la iniciativa para alcanzar un desprendimiento de la historia de sujeción a la que se ha visto abocada por el hecho de ser mujer, y que su madre y abuela han representado durante toda su vida. Para construir una nueva Rosa (prenda) es necesario desprenderse de las condiciones de las mujeres (tirar del ovillo).

²⁸ Las mujeres de acuerdo con Anderson y Zinsser (2009), desde las primeras culturas, han sido clasificadas de acuerdo con su actividad sexual con los hombres. La mujer buena, es aquella que es virgen hasta que se convierte en esposa, mientras que la mala, es aquella que pierde su virginidad y se somete a tener una vida sexualmente activa por fuera de esta institución con diversos hombres (p.56).

²⁹ Rosa no logra este cometido con su hermano, pues éste se suicida justamente el día que ella realiza la declaración de la pérdida de la virginidad, como primer paso para lograr su independencia. Después de este suceso, surge un nuevo personaje, Juan Salvador, anterior socio de José, quien aunque se vincula a la familia con el propósito darle continuidad a un plan que tenía previsto con su grupo delincencial, termina involucrándose sexual y sentimentalmente con Raquel y Rosa. Es con este personaje que Rosa logra su propósito, usándolo como objeto sexual, es ella quien lo busca atendiendo sus deseos, y lo asume, no como un extraño que es, sino como la prolongación de José.

³⁰ Rosa en este sentido materializa el concepto del *don* propuesto por Lévi-Strauss “el don es en sí la renuncia, es la prohibición del goce animal, del goce inmediato y sin reserva” (Bataille, 2007, p. 224), al ser consciente de la prohibición y respetarla a pesar de sus deseos.

³¹ Este logro lo reconoce Felisa al exponerle a Juan Salvador el riesgo que corre con su familia al no ser estimado por lo que es, sino lo que representa para ellos: el recuerdo de José. Felisa finalmente admite una

Incesto, homosexualismo y la prostitución se asumen como las formas “desviadas” de la sexualidad femenina de estos personajes, en tanto transgreden las funciones atribuidas a las mujeres. Por un lado, transgreden la norma de la monogamia para la protección de la propiedad privada y la del intercambio que sustenta la prohibición del incesto, y por el otro suprimen la figura masculina como elemento de control de la sexualidad femenina; todos actos de resistencia que se dan a partir de conductas sexuales condenadas socialmente, formas de venganza como las nombra Fuchs (1996, p.36), frente a un deseo de apoderarse y gobernar el cuerpo femenino.

3. Un interés femenino, una voz masculina

Es particular apreciar el tratamiento de lo femenino, como denuncia y forma de reivindicación desde una mirada narrativa femenina, –especialmente en los soliloquios de Felisa–, en un escritor hombre. Harold Kremer se ocupa de las preocupaciones, sentimientos, experiencias y luchas de las mujeres, no desde una mirada exterior, como un *otro* sino desde lo más íntimo del universo femenino. Según el autor, este interés radica en su entorno familiar, pues creció rodeado de mujeres –diez hermanas, cinco tías, su madre y abuela, cuyo nombre es el mismo de la protagonista de su novela–, escuchando y sorprendiéndose con sus historias:

Las mujeres siempre me atraen porque son narradoras por naturaleza. Siempre están contando historias, hablando sobre todo de ellas mismas. [...] Rechazo, en la vida y la literatura, a aquellas mujeres que cumplen el rol de esposas, de adorno y de sombra de un hombre. Las mujeres, igual que los hombres, tienen conflictos de todo tipo, pero la sociedad las ha estigmatizado como neuróticas, complicadas o insatisfechas. (Gaceta, 2014)

Expresar desde una mirada femenina la historia y búsquedas de las mujeres se establece como un logro digno de resaltar en la novela abordada, no solo por la configuración de los personajes femeninos que dan cuenta de sus experiencias, padecimientos y percepciones acerca de su género, sino también por la voz que se les otorga como narradoras

cierta liberación en Rosa, por lo cual le advierte a Juan Salvador “Me equivoqué cuando le dije que no le hiciera daño a Rosa. Ella no puede salir destruida. Es usted el que corre peligro.” (Kremer, 2014, p. 149)

excepcionales, protagonistas que reflexionan, cuestionan, transgreden a través de la palabra misma su condición de género al expresarla, denunciarla, convertirla en narración. Una voz femenina, tan naturalmente lograda, que puede llegar a confundir al lector acerca de su autor, debido a que presenta el universo femenino desde el lugar que ocupan sus protagonistas con su especial y particular forma de ver el mundo. Carolina Urbano (2014), al respecto destaca en Harold Kremer una

capacidad para representar personajes femeninos con narradores en primera persona que implica dar cuenta de una psicología y una sensibilidad específica. Implica, en otras palabras, meterse en los calzones de las mujeres, no en sus zapatos, lo cual no es nada fácil, mas Kremer se atreve y sale bien librado. (párr.2)

A través de la focalización de los personajes femeninos, este escritor logra dar cuenta de la pugna que existe entre los estereotipos sexistas, de su imposición social pero también de sus formas de ruptura a través de las nuevas generaciones, de una condición de género reproducida socialmente y de la función coercitiva de la religión en tal reproducción. Expone además, cómo la liberación femenina empieza con su liberación sexual, desplazando su valor en términos de fecundidad, para concebirse como sujeto transgresor y erótico.

Pensar en las mujeres como sujetos de placer, es reconocer en ellas necesidades, pulsiones y deseos sexuales que a lo largo de su historia se han pretendido minimizar, regular, condenar, incluso negar. Es validar la sexualidad femenina por encima de las funciones atribuidas para la reproducción, y otorgarle, como se ha hecho con el mundo masculino, un carácter de disfrute, de lúdica y erotismo. Tal vez a esto se refiera Kremer cuando afirma que las mujeres padecen igual que los hombres diversos conflictos, al igual que Gregorio Morales (1998), cuando expone que es necesario que la mujer también se asuma como amante, con “derecho a la posesión del Eros” (p. 36), para alcanzar experiencia del erotismo,

Desde el principio de los tiempos hasta hoy y a pesar de todos los excesos, desvíos y represiones, hay en el desarrollo del erotismo un camino de dignificación, de comprensión de las características del otro y de igualdad entre el hombre y la mujer. (1998, p. 29)

Si bien el erotismo, es una búsqueda de la *vida interior*, de una continuidad entre los seres –ante la discontinuidad que se erige como característica natural de los seres humanos– donde el individuo *se pierde* (Bataille, 2007, p. 35) para constituirse en *otro*, resultado de la unión sexual, erótica; para el caso de los personajes femeninos de Kremer, esta pérdida se alcanza no necesariamente en presencia del *otro* –figura femenina o masculina– sino en la soledad, en la ausencia³². Es a través del recuerdo, que la búsqueda de ese otro ser discontinuo se materializa en el erotismo. De acuerdo con Óscar Castro (2004), “el erotismo no lleva siempre al placer o al encuentro sincrónico con el otro, pues en muchas ocasiones el deseante se encuentra consigo mismo, aun en la ausencia total de deseo, en la extrañeza o en la indiferencia”. (p. 36)

El erotismo en los personajes femeninos, se da en términos de un “desequilibrio en el cual el ser se cuestiona a sí mismo, conscientemente” (Bataille, 2007, p. 35). Las mujeres conscientes de su posición y condición social, comienzan a cuestionar el rol que asumen en este sistema de sujeción, como reproductoras y a su vez potencializadoras del mismo a través de su carácter de sumisión, –eficazmente interiorizado a través de la historia de la feminidad–, y en consecuencia a rebelarse mediante actos de resistencia, que van en contra de las funciones atribuidas –autoritariamente– en cuanto a la procreación y el placer masculino.

La experiencia erótica, en tales personajes, deviene entonces de la transgresión; el placer descubierto es posible gracias a la violación de la prohibición, de manera individual. La experiencia de placer y goce no se da necesariamente a través de la experiencia sexual de

³² Si bien el hombre precisa del cuerpo femenino para su satisfacción sexual y necesidad de procreación, la mujer, por el contrario, descubre que la experiencia del erotismo puede establecerse en ausencia del cuerpo masculino. Es precisamente a este carácter de prescindible que el hombre teme, por lo que recurre a la apropiación de la sexualidad femenina. Los personajes femeninos de Kremer en consecuencia viven el erotismo, convocado a través del recuerdo, y la exploración del cuerpo femenino.

sus cuerpos, sino a partir de la liberación que encarnan con relación a una condición de género limitante, a través de sus actos de desobediencia frente a los imaginarios, normas sociales y preceptos religiosos impuestos; transgresión que les permite un lugar en el mundo, y en consecuencia una experiencia placentera, de encuentro con ellas mismas.

Para terminar, podríamos afirmar entonces que la manifestación del erotismo en la novela *El color de la cera en su rostro*, permite la configuración de unos personajes femeninos conscientes de su historia de sujeción y a su vez de sus posibilidades de construir nuevas demandas en pro de su liberación, que aunque fracasan, se constituyen como actos de resistencia, de un género que a pesar de la subordinación a la cual ha estado sometido, persiste en sus búsquedas reivindicatorias. Las mujeres de Kremer son entonces personajes cotidianos, tan bugueñas pero a su vez tan universales, que logran dar cuenta de un aspecto de la condición humana vigente y altamente debatido a través de la historia, según Carolina Urbano (2014) en la obra de este autor “No hay concesiones, ni heroínas, ni mujeres ejemplares, simple y llanamente mujeres, mujeres si se quiere, en contextos sórdidos como es usual en la narrativa de Kremer” (s.p).

Así pues, las descripciones eróticas³³ permiten la configuración del cuerpo femenino como un lugar privilegiado donde se potencia el erotismo y la transgresión, cuerpos usados y abusados, pero cargados de gran significación en la construcción de un ideal libertario. Experiencias eróticas que destacan y ponen en un plano visible el placer de las mujeres, dueñas de su sexualidad y por lo tanto dueñas de su destino.

³³ De acuerdo con Óscar Castro (2004), “La manifestación de Eros en la literatura permite identificar matices, prácticas, ideologías, transgresiones, represiones y libertades, es decir múltiples dimensiones del erotismo, tanto en la vida práctica como en la fantasía, o en este caso, en la ficción” (p. 15).

Bibliografía

- Anderson, B. y Zinsser, J. (2009) *Historia de las mujeres, una historia propia* (T. Camprodón y B. Villacañas, Trad.). Barcelona: Crítica.
- Arciniegas, T. (2011). “Harold Kremer. Un escritor secreto”. [Blog] Recuperado de <http://eltriunfodearciniegas.blogspot.com.co/2011/04/harold-kremer-un-escritor-secreto.html>
- Bataille, G. (2007). *El erotismo* (A. Vicens y M.P. Sarazin, Trad.). Barcelona: Fábula Tusquets Editores.
- Castaño Zapata, D. y Suniga, N.C. (2014). “Fiesta y sacrificio, explorando el problema de la transgresión en Georges Bataille”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año LIX (222), 235–256.
- Castro García, O. (2004). *Un siglo de erotismo en el cuento colombiano*: antología. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Dublín, E. (2012). Breve entrevista a Harold Kremer. Recuperado de <http://revistamicrorrelatos.blogspot.com.co/2012/03/breve-entrevista-harold-kremer.html>
- Fuchs, E. (1996). *Historia ilustrada de la moral sexual: 1. Renacimiento* (J.G. Gómez Trad.) Madrid: Alianza Editorial.
- Gaceta. (2014). “El origen de mi literatura está en las mujeres de mi infancia”: Harold Kremer. El País. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/entretenimiento/cultura/el-origen-de-mi-literatura-esta-en-las-mujeres-de-mi-infancia-harold-kremer.html>

Universidad del Valle. Ganadores del Premio Jorge Isaacs 2013. Recuperado de <http://cvisaacs.univalle.edu.co/cav/index.php/component/content/category/8-noticias>

Héritier, F. (2007). *Masculino y femenino II: disolver la jerarquía* (M. Mayer, Trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Herrera Muñoz, M. F. (s.f.). Entrevista a Harold Kremer, “El sueño de la muerte” [E-Kuóreo Revista de minicuentos]. Recuperado de <http://e-kuoreo.blogspot.com.co/2014/04/a.html>

Kremer, H. (1989). *Rumor de Mar*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Kremer, H (2008). Los cuadernos sagrados. *Revista Universidad de Antioquia* (292), 110-117.

Kremer, H. (2014). *El color de la cera en su rostro*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Kremer, H. (2014) *Patíbulo*. Cali: Anzuelo Ético.

Kremer, H. (2014). *¿Por qué me muerdes?* Colección de autores vallecaucanos. Premio Jorge Isaacs 2013. Cali: Secretaría de cultura Valle del Cauca.

Kremer, H. (2017). *Cuentos*. Colección Debajo de las estrellas. Medellín: Editorial Eafit.

Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad* (P. Mahler, Trad.). Buenos Aires: Nueva Visión.

López Cáceres, A. J. (2006). El don de la linterna: Los cuentos de Harold Kremer. *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, (8), 413–424.

Loraux, N. (1989). *Maneras trágicas de matar a una mujer*. Madrid: Visor.

Morales, G. (1998). *Antología de la literatura erótica: el juego del viento y la luna*. Madrid, España: Editorial Espasa.

Ortega, M. G. (2001). Ciclos y espejos en la narrativa de Marvel Moreno. *Litterae: Revista de la Asociación de Exalumnos del Seminario Andrés Bello*, 09, 75-96.

Quintero Moncada, A. “El color de la cera en su rostro, primera novela de Harold Kremer”. Cali. Recuperado de http://ntc-narrativa.blogspot.com.co/2014_11_01_archive.html

Spitaletta, R. y Escobar Velásquez, M. (1991). *Reportajes a la literatura colombiana*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto de Medellín/Universidad de Antioquia.

Urbano, C. (2014). “Ni con el pétalo de una rosa”. [Blog] Recuperado de <http://literaturaenelvalle.blogspot.com.co/2014/04/por-que-me-muerdes-harold-kremer-premio.html>